

“EL SOL MIRA PARA ATRAS”.

Delia Domínguez. Editorial Lord Cochrane, Santiago.

Este año ha sido pródigo para la poesía. Los editores han publicado numerosas obras de este género que, según se afirma, cuenta con un limitado sector de lectores. El poema fue “para la minoría siempre”, según Juan Ramón Jiménez. Y Chile es un país de excelentes poetas que, indudablemente, han tenido fuerte influencia en los movimientos líricos de habla hispana.

Decíamos que este año ha sido pródigo para el verso, porque las esforzadas prensas nacionales han entregado por lo menos diez títulos de poetas ya conocidos y de otros que, entregados silenciosamente a la tarea creativa, producen sin otro afán que mostrar, o demostrar, que para ellos no hay “apagones” culturales y que, en todo caso, no son responsables de lo que está ocurriendo. O sea, de la llamada crisis del libro y que ha dado lugar a foros, polémicas y comentarios de las más variadas incidencias.

Los poetas cantan bajo la lluvia, contra el viento, en la noche recargada de fantasmas, a la orilla de las grandes soledades.

Cantan los poetas.

Roque Esteban Scarpa reunió en una caja mágica tres volúmenes titulados “No tengo tiempo”. Fernando González Urizar echa a volar su “Domingo de pájaros”. Miguel Arteche entrega sus “Noches”. Y Delia Domínguez, alta voz de la poesía femenina chilena, invita a sus conversaciones en “El sol mira para atrás”. Sol para después de la lluvia. Neruda escribió un autógrafo para esta obra, a pocos meses de su muerte: “Hasta el sur...” Y fue hasta el infinito. Y, luego, en el prólogo, conversa sobre ella: “Las regiones frías del sur de Chile, letárgicas, hipnóticas, obligan a una expresión ensimismada: del balbuceo verde del follaje cuelgan versos lloviznos y lluviosos, ramales de indecisa claridad y humedad...”

Pide que se comprenda que, por naturaleza, por formación ecológica, la poesía de Delia Domínguez, osornina de los bosques de Osorno, es atrevida y descalza: sabe caminar sin miedo entre espinas y guijarros, vadear torrentes, enlazar animales, unirse al coro de las aves australes sin someterse al tremendo poderío natural para conversar con tristeza o con amor con todos los objetos y los seres.

El poeta quiere mucho a Delia y quiere que la quieran.

Delia ha creado su mundo y en él vive. ¿Hablar de poesía en nuestros amistosos encuentros? Para qué, si la poesía va en su voz, en su actitud de mujer artista, de mujer simple y, a la vez, restallante de músicas recónditas.

Con este “Sol” ha publicado ya seis libros. De pronto toma el periodismo y en sus crónicas se halla la clara entonación que le es inevitable y persistente. En una revista santiaguina tiene su bastión para la defensa del verso. Nunca le he escuchado que un poema ajeno carezca de belleza. Jamás le he oído decir que un poeta esté desposeído del lenguaje secreto de la poesía. “Alegría silvestre” le descubre el gran cantor de Isla Negra. “Salud campesina de una estirpe campesina y su desacomodo arterial hacia las indógenas ciudades. Es así su apostura de enérgica paloma de los montes”.

Y hay que querer a Delia como él quiso que se le quisiera. Es preciso oír la relatar el paisaje de su infancia:

*Esta es la casa
aquí la tienes con la puerta abierta
y los fogones encendidos.
Aquí vivo
conjurada por la noche de campo
y los mugidos de las vacas
que van a parir a la salida del invierno.
Entra en las piezas de sentimiento antiguo
con manzanas reinetas
y cueros claveteados en el piso.
Esta es la casa para ser como somos,
para contar las velas de cumpleaños
y las otras también,
para colgar la ropa y la tristeza
que jamás entregaremos a la luz.
Este es el clima, niebla y borrasca,
sol partido entre los hielos,
pero encima de todo:
un evangelio duro,
una pasión sin vuelta,
una carta de agua para la eternidad.
Esta es la zona: Km. 14, Santa Amelia,
virando hacia el oeste,
con todas las jugadas de la vida
y todas las jugadas de la muerte.
Esta es la casa raspada por los vientos
donde culebreaban los inviernos
de pared a pared,
de hijo a hijo,
cuando los aliviábamos con ladrillos caldeados
para aprender las sagradas escrituras
que la profesora de la escuela Catorce
sacaba de un armario
o de los dibujos de un pañuelo.
Esta es la fibra fiel de la madera
donde calladamente me criaron
entre colonos y mujeres
que regresaron a su greda.
Aquí vivo con la puerta abierta
y este amor
que no sirve para canciones ni para libros,
con mi alianza sin ruido a Santa Amelia
donde puedes hallarme a toda hora
entre las herramientas y la tierra.*

Y despierta pasadas las cuatro estaciones que duraron no sabe cuánto tiempo. Rilke a su lado y Mahler orquestan su Canción de la Tierra, en la punta más alta de la tierra.

Se le ve ir y venir por los anchos patios de la vieja casona. Vigilar el crecimiento de la hierba. Controlar el piar de los pájaros. Rasgarse el delantalito blanco y escuchar, a veces, el eco del silencio. Adivina los sueños. Llegarán malas noticias, porque la leche se corta antes de las 8. Ha soñado con aguas turbias y le dolieron las rodillas, le dolieron toda la santa noche. Es sábado en el campo y se acuerda de otras cosas avisadas por sueños. Y la muerte de alguien tan querido se le prende. Y no puede llamar, porque no ha aprendido todas las palabras.

Es su modo de hablar en poesía. "El sol mira para atrás" es como para descifrar enigmas en la poesía que uno apenas comprende. Quienes bebemos en las manos apurñadas el agua pura de un mensaje transparente, sentimos el alborozo con este encantamiento entregado en plenitud.

Delia Domínguez sentencia que la vida está en la calle del pueblo —y vamos con ella por la tal calle—, entre el correo y el mercado y la parroquia de San Mateo.

*La vida está en la calle como la muerte
y eso lo sabe cualquiera
con dos dedos de frente.
Yo la comprendo
cuando la puestera con sus 85
ofrece hierbas con recetas de amor,
cuando en la herrería de F. Cárdenas
la camisa
ampara los sueños sagrados
de la infancia.*

Y ahí está la Ana con su florería y sus huesos. Desde la ventanilla de su quiosco le enseña el calor que juntaba para el hijo dormido antes de su primera muerte. Y cuenta que tiene tos de perro para que alguien busque flores pectorales y prepare té caliente con malicia. Conversa al oído que la Ester dijo que era malo barrer la sal que cae al piso, porque los escobazos llaman a los muertos; que si las quilas florecen este año estamos "jodidos"; que la perdiz perdió la cola, porque asustó a la Santísima Virgen...

Entonces el prójimo, las vecindades, los amigos hechos y por hacer, van conociendo a la mujer-poeta a través de sus confidencias musicales. Nada oculta. Habla de sus íntimos problemas caseros. Confidencia, por ejemplo, a una querida amiga, que ha sufrido mucho, porque el molinillo de café se atascó de repente y alguien dijo que la primavera era lo que más convenía...

Poesía de confidencias, lírica, sin empalagos sonoros, sin sonsonetes, sin recargadas musicalidades recitables, como suele ocurrir a ciertos liridos aún no libertos de las amarras crestomáticas.

Como Saint-John Perse, Delia Domínguez invita simplemente: "Quien quiera saber lo que acontece a las lluvias en marcha sobre la tierra, vengan a vivir sobre mi techo, entre los signos y los presagios".

SUETONIO.